

José Ortega y Gasset

HACE unos años, en un rincón de los Pirineos aragoneses, a propósito de un comentario mío a una crítica de Ortega y Gasset, díjome Unamuno:

—Aunque otra cosa crea de sí mismo Ortega, no es un filósofo. No es más que un poeta.

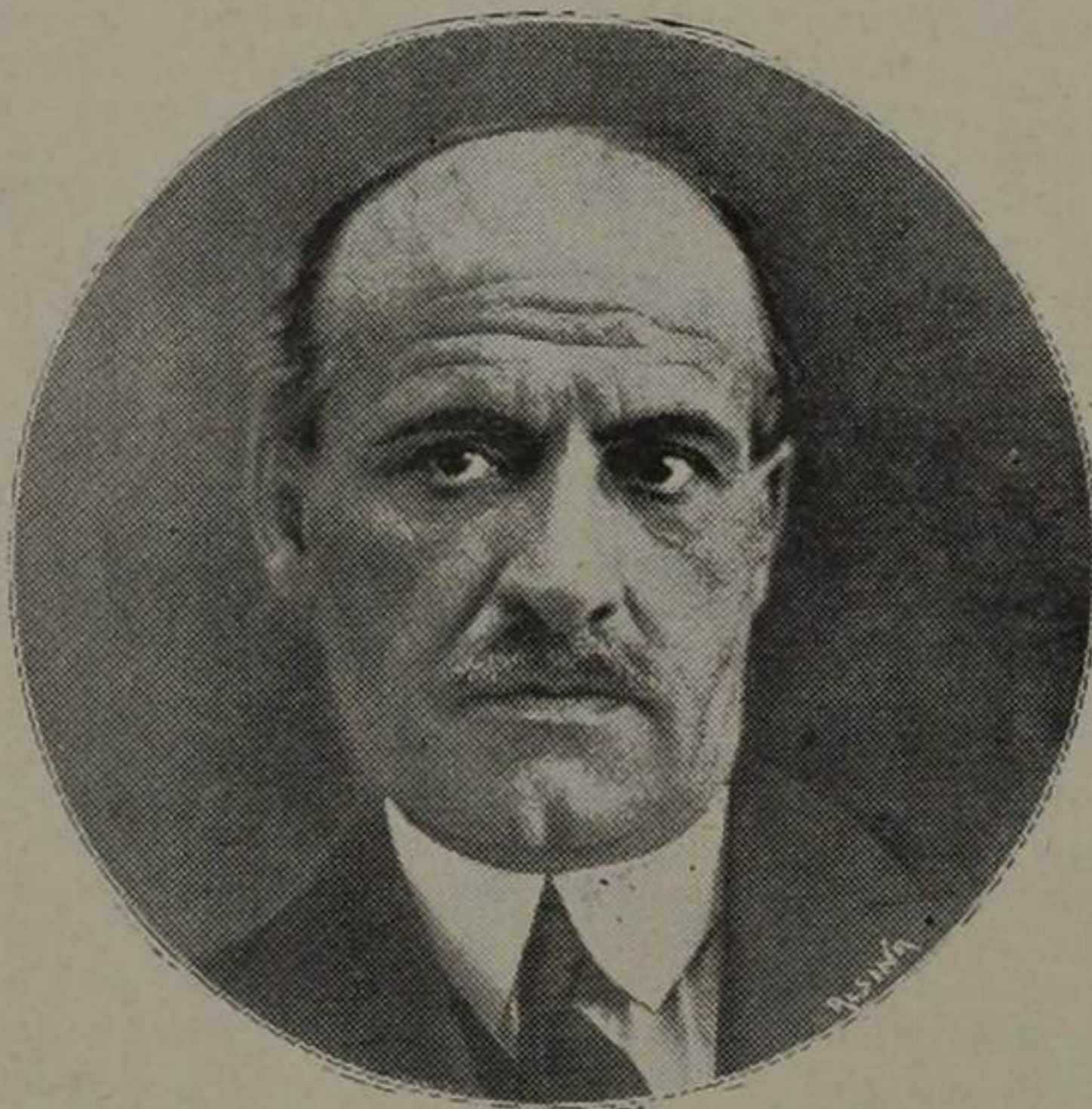
El tono, más que la opinión, dejome atónito. Sin recurrir a la sobada interpretación de la palabra vate, me bastó para escandalizarme aquella sentencia advertir que el insigne catedrático de Salamanca no recordaba que la poesía y el arte secundan y avaloran la investigación científica. Me sobrecogió el estrecho concepto que Unamuno demostraba del filósofo y del poeta, como si ambos pudiesen ser persona distinta, olvidando aquella frase de Mazzini, que parece emitida presintiendo a Ortega y Gasset: el escritor europeo digno de tal nombre será un filósofo que llevará en la mano la lira del poeta.

Por ser Ortega y Gasset el anunciado por Mazzini, ha triunfado recientemente en París, con su estudio acerca del novelista Marcel Proust — cuya publicación en la *Nouvelle Revue Française* ha constituido un acontecimiento literario en Francia—, y ha sido tan rotunda su victoria, que muchos y altos ingenios extranjeros, como el ilustre Paul Desjardins, le consideran el primer crítico de nuestro tiempo.

Sin embargo, Ortega y Gasset es bastante más que el primero: un crítico novísimo, único, original por su técnica y por su estilo. Pensador y artista, filósofo y esteta, es mucho más: un momento culminante del pensamiento universal, el genio en el cual las dos corrientes seculares de lo verdadero y de lo bello casan sus ondas luminosas para formar el río grandioso de la idea radiante y consoladora.

Hasta él, la crítica española obedecía en su elaboración a la influencia francesa—no se sustrajo a ella ni el coloso Menéndez y Pelayo—, que en los últimos tiempos puede clasificarse en dos ramas principales: la de Saint-Beuve o escuela impresionista y la de Brunetière, que erige al crítico en juez

y al publicista en un procesado, por cuya obra ha de fallarse si ha faltado a normas más convencionales que rigurosamente científicas, y que alguna vez definió también así el jefe de la misma escuela: «Un zarzal a lo largo de un camino: cada cordero que pasa deja un vellón entre sus espinas». Modos ambos de crítica que han sido



DON JOSÉ ORTEGA Y GASSET

desde Boileau, tal vez desde más atrás, el alma de la literatura francesa. Ortega y Gasset la ha revolucionado con su procedimiento científico en indicar la conveniencia del cual, aunque sin concretarlo, le precedió Brunetière; y no trato con esto de restarle mérito a nuestro gran polígrafo, pues sabido es que en nada y menos en literatura se da la generación espontánea, y que muy cierta la frase que titula una novela de Blasco Ibáñez, *Los muertos mandan*, debía substituirse por la de «nos guían y nos inspiran», y ya la emitieron análoga Augusto Comte, al afirmar que la Humanidad se compone de más muertos que vivos, y Nisard, al decir que lo más vivo en lo presente es lo pasado...

Psicología de las más complejas, de las más apasionadamente interesantes, por ser quizá la más representativa del espíritu de selección del presente primer cuarto de siglo, atraíame hace tiempo con extraordinaria fuerza, y, sin embargo, mi admiración a su genio

acortaba las alas a mi curiosidad. Añádase que es el hombre menos propicio a la *interview*, pues solamente se ha prestado a dos en toda su vida —una en Buenos Aires y otra ahora, y Dios y yo sabemos a costa de cuánta insistencia y con cuán poco fruto— y se comprenderá que no haya dado antes confesión o semblanza suya en esta galería de «Domadores del éxito», y aun ahora sospecho que el excelso pensador me tiene por el *intervieweur* más informal, de más cortos alcances, menos recursos y de mayor poquedad de ánimo, tal vez porque él, tan comprensivo, no comprenda en este caso que la admiración sincera como el amor—quizá una y otro no sean sino una misma cosa— se aturde en presencia de la persona que la inspira, y así la mía temió molestarle, profundizando demasiado en su espíritu, con preguntas, e interpretar luego equivocadamente mis buceos, accidente muy posible, sobre todo tratándose de un alma que si por su superioridad impone la necesidad de escrutarla, por retráctil, por casi siempre cerrada, no deja más medio de satisfacerla que el análisis más minucioso, la ob-

servación exterior más atenta, si se quiere sorprender sus secretos más esenciales. En tales condiciones no es tarea fácil una *interview*. Los datos biográficos por él facilitados caben en media cuartilla, y no revelan luchas novelescas para saciar la curiosidad vulgar. Las dignas de conocerse, cual todas las de mentalidades de su alcurnia, son las de su vida interior, las que pocos descubren.

—Nací en Mayo de 1883—comenzó, contestando a mis preguntas—en Madrid. Hice mis primeros estudios en el Colegio de los Jesuitas de El Palo (Málaga) hasta los doce años.

—Y en su infancia, ¿no escribió nada?

—En primer lugar, mi labor literaria ha ocupado solamente los rincones de mi vida. Me gustó más siempre meditar que escribir. El torso de mi vida está dedicado a la investigación científica que tiene su cauce en la labor universitaria y que luego se condensará en libros. Digo esto para que